



Nº. 6, agosto de 1991. Testimonio: entre geografía y biografía

- Blaisten, Isidoro. Tres objetos, pp. 25-27
- de Miguel, María Esther. Mi modo de peregrinar, pp. 28-30
- Porzecanski, Teresa. Ser judío en mi país, pp. 31-33
- Seligson, Esther. De la memoria y la identidad, pp. 34-36
- Vásques-Bronfman, Ana. Sobre el “ser” judío, pp. 37-40



Isidoro Blaisten

Tres objetos

En agosto de 1990 se realizó en São Paulo, Brasil, el Tercer Encuentro de Escritores Judíos Latinoamericanos, sobre el tema *Visión y realidad: El imaginario judío en la literatura de América Latina*, organizado por la Editora Shalom, con el apoyo de entidades culturales, académicas y comunitarias, y el patrocinio de la Asociación Internacional de Escritores Judíos en Lengua Hispana y Portuguesa. Participaron unos setenta escritores, críticos e intelectuales de Argentina, Brasil, Estados Unidos, Israel, México y Uruguay.

En esta sección presentamos algunos de los trabajos leídos en el marco de un panel dedicado a testimonios personales, bajo el título de *Ser judío en mi país*.

Nació en Concordia, Argentina, en 1933. Entre sus libros figuran *La felicidad* (1969), *La salvación* (1971), *El mago* (1971), *Dublin al sur* (1980), *Carroza y Reina* (1986), cuentos; y *Anticonferencias* (1983), ensayos. Dirige talleres literarios y es colaborador permanente de los diarios *La Nación* y *Clarín*.

Enrique lo mataron en el 45. El 15 de agosto van a hacer 45 años. Yo tenía 12. Era el fin de la guerra. A mi hermano Enrique lo mataron los nazis. Recuerdo el orificio en el pómullo izquierdo, recuerdo los espejos tapados con sábanas y los discursos desde la garita del vigilante que estaba en Angel Gallardo y Corrientes. Recuerdo que habló Leónidas Barletta y que tiraron volantes. Recuerdo uno de los volantes: "Enrique Blaisten, muerto por los nazis en el día de la paz".

De la época de las colonias casi no hay fechas y ese pasado carece para mí de tiempo. Mi padre murió cuando yo tenía tres años y mi madre, cuando yo tenía nueve. He visto viejas fotos color sepia, de bordes dentados, que fueron tomadas con viejas máquinas Kodak, y conservo retazos de conversaciones oídas en celebraciones, en tar-

Tres objetos

TRES objetos: un pequeño vaso ritual de plata, una oscura marca de ganado y un tintero con base de madera de guindo es todo lo que poseo de mi padre.

Soy el menor de ocho hermanos y rescaté estos objetos de un pasado atravesado de muertes, confusión y desencuentro. Cuatro de mis hermanas, Paulina, María, Anita y Celina, nacieron, en ese orden, en el entonces muy distinguido barrio de Flores, en la casona de mi padre en la calle Recuero. Mi hermana Rosita, mi hermano Manuel, mi hermano Enrique y yo nacimos, en ese orden, en las colonias judías de Entre Ríos. Hace ocho días, el 4 de agosto, mi hermana Paulina cumplió 80 años. De las demás hermanas mujeres nunca pude saber exactamente la edad. Mi hermana Anita murió en el 74. A mi hermano

des de lluvia y en velorios. Hace años que vengo preguntando. Pregunto a los viejos familiares que quedan, pregunto a los hermanos que me quedan, pregunto sobre ese pasado inmóvil, incierto y lejano. Creo que no les gusta, que evaden el recuerdo, que eluden la memoria, quizás porque, como escribió Kavafis, "la memoria, donde la tocan, duele".

Cuando le pregunté a mi hermano Manuel, que es once años mayor que yo, por qué nuestro padre, que era constructor, que vivía en Buenos Aires, que tenía palco propio en el Colón, que había fundado con el hermano una empresa de materiales, abandona un negocio floreciente, vende su casa y se va con su mujer y sus cuatro hijas a un inhóspito, triste y desolado lugar de Entre Ríos, mi hermano Manuel me contestó: "Porque le gustaba mirar amaneceres". Me llamó la atención el plural.

Según mi hermana María, mi padre había leído un versí-

culo en la Biblia que dice que el hombre debe comer el pan que cultiva con sus propias manos. De chico me preguntaba cómo se puede cultivar pan. Nunca pude averiguar qué cultivaba mi padre, pero sí sé que diseñó la marca de ganado, un hermoso dibujo, impreciso y estilizado, la estilización de un signo indescifrable y una rotunda letra B en Bodoni.

Cuando le pregunté a mi hermano Manuel para qué servía la marca de ganado, me explicó que era una forma de asentar la propiedad privada, porque en el campo había matreros que practicaban el abigeato, y ladrones de gallinas. Uno de esos ladrones se llamaba Aniceto. Como los colonos no hablaban más que idish, lo llamaban Aniceto "Ganef". Aniceto "Ganef", ladrón de gallinas, un día fue preso por un comisario de Lucas Norte. Volvió seis meses después; ahora era vigilante.

La precisión de la ley, su estricto cumplimiento, eran

muy particulares en las colonias judías de Entre Ríos. Don David Camín me contó que, cuando él nació, en Domínguez, en 1912, su padre fue a verlo al alcalde. El alcalde se llamaba Gamarra, leía y escribía más o menos y, como siempre, estaba en el boliche. "Che, Gamarra" -le dijo-, "me nació un hijo varón". "¿Y qué nombre le querés poner?". "Aarón Heriberto". "Ta'güeno", dijo Gamarra y le pidió al bolichero un papel de estraza y garabateó algo con el lápiz de punta mocha. Un año después, don Camín figuraba en su partida de nacimiento con el nombre de David.

También Gamarra, para simplificar, había decidido que todas las hijas mujeres de los colonos judíos se llamasen Sofía. Por eso, me dice don David, hubo tantas Sofías en Domínguez.

El alcalde de Lucas Sur se llamaba Juan Nairá y tenía otra particularidad: directamente no anotaba. Cuando mi hermano Manuel tuvo que

hacer el servicio militar, no figuraba en los registros. No se había labrado el acta, y el doctor Zenón Goldstraj tuvo que hacer una información sumaria, y mi hermano, una revisión médica para demostrar que había comparecido, que decía ser argentino nativo, que tendría alrededor de veinte años, que pertenecía al sexo masculino y que existía.

Cuenta don Camín que la vida por esos años se componía de atravesar barriales en carros tirados por bueyes, pasar hambre y pagar a la Jewish Colonization Association la "anualidad" de las tierras concedidas por el Barón Hirsch. A veces la organización se llevaba la cosecha íntegra, cuando no se la llevaba la langosta. Las mangas de langosta cubrían el cielo, tapaban el sol, se comían hasta la ropa. Cuando se iban, habían destruido en una hora el trabajo de un año. Después estaban los matreros. En Domínguez los matreros mataron familias enteras de colonos.

Pero yo creo que fue el es-

píritu del libro, la palabra, lo que salvó a toda esa gente. En un galpón de campo con piso de tierra apisonada y regada, donde celebraban los casamientos y los nacimientos, funcionaban la sinagoga y la humilde biblioteca. Allí se reunían los colonos y juntaban sus tristes pesitos para traer a un escritor de Buenos Aires que les diese alguna conferencia. Y allí actuaban los conjuntos filodramáticos.

Una bolsa de arpillerá pintada con negro de humo y pintura colorada semejaba el bordó del telón. Mi hermana Celina, mi hermana Rosita y mi hermana María eran actrices; el apuntador oficial era el tío de Osvaldo Dragún, y las obras se representaban algunas en castellano y otras en idish. "¿Qué obras?", le pregunté a mi hermana María. "Dramas tremendos. Si no era drama, no era obra". Daban **Cautiverio** de Bendersky, **Dios, hombre y demonio** de Scholem Asch, **M'hijo el doctor**, **Los derechos de la salud** y **Sangre y arena**.

En Entre Ríos mi padre perdió todo. Perdió su fortuna, su casa, sus campos. Pero construyó el salón de actos, la escuela y la sinagoga. Todavía están. Y en esa sinagoga habrá bebido el vino ritual, en ese vaso de plata ritual.

Y ahora recuerdo que, hace muchos años, cuando abrí la lata de galletitas "Tentaciones" de Bagley que mi madre había traído de Buenos Aires, entre cartas escritas con tinta de color del óxido, un guardapelo y una trenza cortada, encontré unos extraños cubos de madera forrados de cuero. El cuero se había despegado y se veía la madera. Mi hermana Paulina, la mayor, me explicó que eso se llamaba "filacterias" y que se ponían en la frente, y me dijo que volviera a guardar la lata en el bargueño y siguió limpiando la cocina. Yo me puse el cubo sobre la frente, sentí el roce del cuero y sentí que se caía. Pasé mi infancia pensando que los judíos eran mágicos equilibristas que podían sostener so-

bre la frente cubos de cuero y madera sin que se les cayeren. Nunca había entrado a una sinagoga, no sabía que esos cubos se ataban a la frente con cintajos de cuero. Fue mi primer desengaño.

No, aquellos judíos no eran seres mágicos, pero de aquellos andurriales, de aquella gente que trabajó una tierra extraña sin saber nada de agricultura y terminó amándola, surgieron hombres y mujeres que le dieron honra y respeto. En su libro **Historia de Entre Ríos**, Beatriz Bosch cita 43 nombres prestigiosos que surgieron de esas colonias. Cita, entre ellos, a Alberto Gerchunoff, Samuel Eichelbaum, Pablo Palant, al gran cirujano Alejandro Pavlovsky, a Luis Munist, decano de la facultad de Medicina de Buenos Aires, al doctor Leibovitch, catedrático de la Universidad de Harvard, a los parlamentarios Enrique y Adolfo Dickman, a León Dujoyne, el filósofo que escribió la vida de Spinoza, y a la inolvidable Paloma Efrom (Blac-

kie). Habla de Joseph Kessel, el gran escritor miembro de la Academia Francesa, que después de cincuenta años volvió para ver la aldea donde había nacido: Villa Clara.

Y esto es todo lo que puedo contar, aunque quizás sólo sea el comienzo. El comienzo de una historia que empieza con este tintero que mi padre habrá traído de Ucrania o de Buenos Aires. Es un hermoso tintero. Sobre una base de madera de guindo hay dos recipientes, uno para la tinta roja, otro para la tinta azul. En el medio hay una dama de metal. Tiene un sombrero de plumas y sostiene un abanico abierto en la mano. Está rodeada de rosas. Detrás del abanico la dama de metal me mira. Tiene una terca mirada de metal. Esa mirada me dice que debo seguir preguntando, que debo atravesar el olvido y comenzar a escribir esta historia.



Mi modo de peregrinar

ESTA servidora, si ustedes me permiten la confidencia, resulta tanto hija de la confusión como de sus padres. Tal realidad le generó transtornos más complejos que su simple enunciación: la confusión busca el orden, que es la utopía.

Les cuento: mis días, ya abundantes, se iniciaron junto a un río bastante salvaje y un primitivo cementerio aborigen, en un pueblo pequeño y polvoriento, católico y ambicioso, puesto que fue armado por contingente de italianos llegados del Véneto para hacerse la América. Como esos buenos campesinos no pudieron hacerse la América, se hicieron Larroque, que así se llamaba el pueblo con nombre no de tribu nativa o de militar heroico (los de épocas en que aún solían serlo, antes de devenir burócratas o torturadores), sino con nombre de un profesor francés traído por Urquiza para enseñar humanidades a los criollos. Pero mi familia, aunque se afincó en ese pueblo, nada tenía que ver ni con

los Apeninos ni con los Alpes. Dos ríos estaban en su origen. Por la parte materna, el Dniester de Ucrania (y en Ucrania, Besarabia). Por la paterna, el Duero, de Castilla la Vieja (y allí, Almazán). Ninguno de mis traslaticios ancestros pudo haber supuesto que esas aguas se encontrarían para mezclarse, en las airadas del Gualaguay, río charrúa que atraviesa la provincia a la cual "un fresco abrazo de agua la nombra para siempre": Entre Ríos.

A mis abuelos maternos, los Rosenthal y Suconik, los aventaron a estas tierras **pogroms** y persecuciones: mis abuelos se cansaron de tanta humillación y dijeron "basta". A mi padre castellano, de Miguel y Martínez, la inclemencia de una política que trasladaba a los jóvenes de diez y ocho años a tierras africanas a fin de cumplir con el obligatorio servicio militar. Mi padre dijo "no".

De modo que de un "basta" y un "no", nací. Pero también mi aparición existencial tuvo que ver con un "sí": el

que la joven judía y veinteañera de Basavilbaso dijo ante la fogata amorosa encendida por el *goi*, también joven pero no tanto, transitoriamente en la ciudad para instalar una usina de luz eléctrica, allá a fines de los años locos.

¿Cómo o por qué mi padre, entre tantas muchachas, eligió a una hija de Moisés? Creo sospecharlo. Eran años en los cuales, después de la euforia traída por la terminación de la guerra hecha para acabar con todas las guerras, volvían a aparecer alientos de violencia: el fascismo estaba a las puertas de la civilización. Y ponía miras asesinas en el pueblo judío. Mi padre era un español bastante radicalizado, que creía en las bondades del Individuo Máximo en el Estado Mínimo (como decía Macedonio): imaginense cómo le caerían esos nuevos arrebatos. Se irritó sobremanera y el enfado le indicó camino oportuno para firmar su disidencia con el nuevo orden: unir su destino, como dicen los radioteatros, es decir, casarse, precisamente con alguien de la raza señalada por los iracundos de turno. Fíjense que fue una actitud bastante común en aquellos años, al menos en mi país. Quiero decir, el hecho de que gente joven, intelectuales sobre todo, se casaran con mujeres judías. Cito sólo tres casos y de escritores: Dardo Cúneo, Aldo Pellegrini, Juan José Ceselli.

Escritora y periodista argentina. Entre sus libros: *Los que comimos a Solís*, *Calamares en su tinta*, *Espejos y Daguerrotipos*. En preparación: *Ceybas City*. Obtuvo numerosos premios literarios.

María Esther de Miguel

Mi modo de peregrinar

limpieza, la comida, la vacunación, el te-
jido, ayunaba, sí, el Día del Perdón, se
repartió la palabra encerrada en el labio,
nunca hiló la historia familiar, cercada en
mo estaba por lo inmediato, atareada en
esa domesticidad excluyente. Tal vez me
hubiera salido más redondita mi identi-
dad, mi credo vital, si hubieran sido otras
las pláticas con mi madre, depositaria del
costado judío de mi realidad. Pero ella,
tan idish mame, no era proclive al diá-
logo sino al mimo y al mandoneo con
similar intensidad. Cuando comenzamos
a hablar, yo ya había venido en otras
fuentes, y ya para ella venía la muerte.
Yo vivía en el país de la inocencia, es
decir, en Babia. Un día, haciendo cosas
de chicos con una barra, cascoTEAMOS la
torre de la Iglesia. No para hacer daño,
sin duda, sino para que la campana so-
nara. Los mayores nos sacaron volando
de ese compulsivo entretenimiento, para
los adultos con olor a sacrilegio. Antes
de desbandarnos escuché: "Para colmo
esta nena no está bautizada. Su madre
es judía".
Ese día pispeé la diferencia. Supe que
era "de los otros".
A los once años tuvieron que mandar-
me a completar la primaria fuera del pue-

blo. No fue así, pero casi.
Mi madre, por su parte, tan ocupada en
dar de mamar a un bebé, atender al que
hacía pinitos o pis, cuidar los juegos del
otro y tejer batatas para él que estaba por
llegar, creo que ni se dio cuenta. Por lo
demás, mi padre era europeo, como los
que se iban. Mi madre, nativa.
Ahora bien: en ese contexto antropo-
lógico crecimos los hermanos, dos mu-
jeres y dos varones. De aquellos años.
ay, tan lejanos, recuerdo que a las
colonias propiciadas por el filantrópico y
otras cosas Barón Hirsch (La Clarita, Villa
Dominguez, La Capilla y otras), reducidos
todas de los gauchos judíos entrerrianos.
No olvido la voz de mi tío Nahum ento-
nando cánticos; a mi tío Samuel luchan-
do por la cooperativa agraria, a mi tía
Elena, la memoriosa de la familia, con el
chisporroteo de historias que mi avidez
de niña curiosa le exigía; historias que
debían haber estado en labios de los
abuelos, pero los abuelos habían muerto
antes de que nacéramos. El materno se
fue a la ciudad como quien se desangra,
después de perder su colonia. Murió
pronto.
Cuando volvíamos a nuestro pueblo,
catamos en otra rutina y en contexto dis-
tinto. Y mi madre, atareada por esos cua-
tro salviajes que la superaban, solita su
alma como estaba, preocupada por la

Mi padre no era un intelectual, aunque
era muy inteligente, y estaba en la mis-
ma. El amaba a los judíos tanto que era
confundido con ellos. Recuerdo dos chis-
tes que circulaban en mi pueblo y en mi
infancia. Uno: "El cura dijo **Fiat Lux**, don
Victoriano dijo la luz no se fia" (mi padre
era el dueño de la usina eléctrica). El otro
fue opinión de un borracho, cuando le
fueron a cobrar la luz: "A mi me parece
que el judío es don Victoriano y no doña
Perta".
En otras ocasiones nosotros, los hijos,
también pensábamos lo mismo: mi padre
fue quien permitió que los varones fueran
bautizados según usanza judía. Hubo
importar un rabino. Y el rabino fue
importado. También fue él quien fomen-
tó la relación, bastante intensa, con la
parentela desparrramada por las colonias
judías. Desde luego, había momentos en
que en mi familia se practicaba una suer-
matzá para "Peisaj", el Viernes Santo era
de rigor el bacalao.
En el pueblo había cuatro o cinco familias
judías, en medio del conglomerao italo-
criollo. Pero esos hijos de Abraham poco a
poco se fueron marchando en busca de
horizontes mejores. Mi padre quedó clava-
do porque clavadas estaban las máquinas
de su fábrica. Cuando se fue el último clan
judío, lo recuerdo, papá comentó: "Me

blo. Mi padre ateo, anticatólico (decía que lo era por tener un tío obispo), pro judío, pero temeroso de los peligros que vivir fuera de casa podía acarrear a la niña (que era yo), ¿a dónde creen que me envió? Pues... interna a un colegio de monjas. Cómo no entender que allí fui la llamada de hermanas y sacerdotes: era más o menos buena, más o menos inteligente y era, por sobre todo, la ovejita perdida.

Pero, fíjense lo que son las cosas: esa permisividad de mis padres no tuvo consecuencias. Quiero decir: salí de allí tan circunstancialmente equidistante de cualquier religión como había entrado. Sólo varios años después, ya recibida de maestra, incapaz de dar un paso más cercada por dudas y falta de respaldos, cercada por la confusión, convocada por el misterio, decidida a no convertirme en una teórica del desencanto o la desubicación existencial, comencé vigilia e interrogatorios. Buscaba mi territorio. Juego de busca y dádivas. ¿Acaso los símbolos son transparentes? Confieso que mi itinerario llevó un solo sentido: el que tenía a mano. El habitat en que me movía era católico. Me hice católica. Por cierto, contra la opinión de mis padres, para nada consultados, meramente informados. Cualquier cambio genera trastornos. Volví a ser la oveja negra.

María Esther de Miguel

Creo que no puedo hablar de conversión, como en el caso de Heine o en el de Jacobo Fijman (dos escritores con verso y ...conversos), puesto que yo no había tenido ninguna religión. Pero, como los conversos, sentí la necesidad de profundizar en el nuevo camino a través del servicio a la gente. Ingresé a un instituto religioso. ¿Me creerán si les digo que había ido allí a buscar cuencos cristianos y me topé con fuentes judías? Claro que era un instituto nacido en Italia, durante la guerra, que había trabajado especialmente en la salvación de hebreos de las garras nazis. Por cierto, en ese entresijo de nudos y engarces restauré mi orden personal, mi estirpe, a partir de una clara ge-

nealogía judeo-cristiana. Que ya no abandoné, aunque le dije chau al instituto.

¿Qué más decirles de mi experiencia? En mi familia, ya muy vasta, se practica ahora una saludable promiscuidad religiosa, que va desde el agnosticismo a la práctica católica pasando por el judaísmo y el protestantismo en diversas variantes y gradaciones. Pero que quede bien claro: yo no sé si el modo elegido en mi "corpus" doméstico es la mejor manera de conservar la propia identidad religiosa y cultural en una sociedad pluralista como en la que estoy. Sé que es mi modo de peregrinar, quizá provisorio, en un espacio donde veo a la unidad como dulcemente improbable y quizá inconveniente.



**SAN FRANCISCO SEPHARAD '92
THE CULTURAL AND HISTORICAL IMPACT
OF THE EXPULSION OF THE JEWS FROM SPAIN**

Sunday, May 3, 1992

San Francisco State University

- *Call for Scholarly Papers on:*
- The impact of Jews on pre-1492 Spain.
- The history, culture, intellectual life, and social development of Sephardic Jews in the lands of their dispersion and in Israel.
- The impact of Sephardic Jews on other cultures.
- Conversos and Crypto-Jews.
- Contemporary relations between Spain and the Hispanic world and Jews, Judaism, and Israel; tracing Jewish roots in Spain.

*One-page abstracts (in English) should be sent until October 1, 1991, to:
Prof. Julian Randolph, Dept. of Foreign Languages, San Francisco State University,
1600 Holloway Ave., San Francisco, Ca. 94132.*

DURANTE muchos años me ha sido problemático responder cuando alguno de mis tíos o parientes preguntaba para qué escribo, qué significan mis libros y por qué insisto en escribir algo que ellos no pueden entender. Y por qué, además, ese lenguaje barroco, plagado de metáforas extrañas y tan lejano a las sonoridades del idish de mi padre y del árabe de mi madre. Cada vez que aparecía la pregunta —y siempre aparecía en un casamiento o en un Brit Milá— yo me quedaba sin respuesta, sumida en la perplejidad. Y mi tío o pariente de turno me decía: “Bueno, no te preocupes, ya vas a cambiar”.

Es la misma perplejidad que me descubro cuando, en medio de una disertación sobre “el judaísmo en la vida cotidiana” que doy a un grupo de mujeres judías, una de ellas me interrumpe, con el típico gesto ancestral que simplifica las diferencias y dice: “Pero si yo conocí a tu papá. Pero si vos vivías en la Calle Yi y Soriano”.

Ni qué decir de mis dificultades cuando los dirigentes de la comunidad judía me oficializan y me titulan “la escritora uruguaya que por suerte también pertenece a la colectividad”. Y aunque secrete-

Teresa Porzecanski

Ser judío en mi país

tamente desconfían de la sustancia de mi judaísmo, insisten en hacerme recordar que yo pertenezco, he pertenecido y siempre perteneceré.

Obedezco y disciplinadamente voy a la radio y a la TV a ser entrevistado por el tema de racismo —una antropóloga judía sabrá lo qué decir al respecto y cómo decirlo— y recibo el visto bueno con reservas o sin ellas del Presidente del Comité Central Israelita.

Apenas termino de fundamentar porqué los judíos tenemos el derecho de seguir siendo estoicamente judíos en medio de una sociedad en crisis y un fin de milenio apocalíptico, huyo hacia el Sorocabana, un

café trasnochado del centro de Montevideo, que quedó detenido en los años 20. Entonces me tiendo en el remanso de los grupos no-judíos de escritores y críticos que meditan laxamente en sus mesas. Allí descansan al menos media hora, hasta que suavemente empiezan a emerger sus reiteradas curiosidades. ¿Cómo está mi hija que vive en Jerusalem?

¿Cómo es que le permití a mi hija irse y por qué justo a Jerusalem? ¿Qué clase de madre soy que acepta de sus hijos el nomadismo?

Algún intelectual polemiza sobre la crisis política. Yo respiro. Pero después, de pronto, baja la voz y comenta sobre el resurgimiento del nazismo en Europa. Se interrumpe, me mira, y dice “Ah, perdón, me olvidaba que vos sos judía”. Entonces me vuelve a preguntar: “¿Cómo es eso de que en tu casa se hablaba árabe e idish, y un poco de alemán también?”.

Por milésima vez diagramo para mis colegas no-judíos una biografía que es al mismo tiempo geografía. Y me apresuro a terminar el café, para poder regresar a una tierra de nadie.

Asisto a una primera reunión de Decanos y Directores de la Universidad para resolver la

Montevideo, 1945. Ha publicado ensayos sobre antropología, el poemario *Intacto el corazón* y numerosas obras de ficción, entre ellas *El acertijo* y otros cuentos, *Esta manzana roja*, *Invencción de los soles*, *Ciudad impune* y *Mesías en Montevideo*.

Ser judío en mi país

fundación de una Facultad de Ciencias Sociales. De los ocho, tres somos de apellido judío. No nos conocemos, pero nos miramos de soslayo, con cierta sospecha, con miedo de un reconocimiento. Probablemente alguno de los abuelos o tíos de ellos fue primo de alguno de mis primos o abuelos. Tengo miedo de que los lazos se tornen afectivos, y nuevamente familiares, y trastornen lo que debería procesarse como una reunión académica. Entonces cada uno simula que no descendemos de nadie, que no provenimos de nada. Termina la reunión y corro a casa. Me siento ante un pedazo de papel y escribo lo siguiente:

Cuando fui invitada a esta reunión a exponer sobre el tema "Ser judío en mi país – el escritor judío y su inserción en la literatura latinoamericana", lo primero que vino a mi mente fue la dificultad –una dificultad adicional– de enfocar mi propia obra desde afuera, como si hubiera sido escrita por otro, y así poder convertirla, para mí misma, en objeto de análisis literario o antropológico. Entendí que eso era una exigencia inadecuada, porque además de enfrentarme todos los días con la escritura en sí misma, el proceso entrañable que me une a las palabras, ¿por qué debía yo además pensarme desde afuera de ellas, y explicar para mí misma y para otros, qué es lo

que ocurre en verdad cuando una escritora judía, consciente de su pertenencia a una comunidad minoritaria, despliega su literatura, en una sociedad nacional que, como la uruguaya, se conforma esencialmente de diversas tradiciones inmigratorias europeas, sobre un fondo de pensamiento cristiano-secularizado? ¿Por qué debía yo empezar a explicarme y a explicar qué es lo que ocurre cuando una identidad conflictuada como la mía y una literatura como la mía empiezan a representar a esa sociedad nacional de raíces hispanas, que comienza recién a abordar su pasado histórico, con cierta desmitificación?

Pero a tantas preguntas, sólo una breve frase se imponía en mi mente: "**Imagen y palabras en tensión**". Y ello, porque una vivencia de complejidad, de espesor, la intuición de que varios dobles rodeaban y definían mi situación, se me hacía presente. De manera que mi escritura, como una actividad exploratoria del mundo, de la vida, me ha conducido a este tema "**Imagen y palabra en tensión**", y sin disponer de ninguna teoría que ilumine respecto de la relación de mi judaísmo con esa vida y ese mundo, sólo pude reflexionar en torno a sensaciones e impresiones muy vagas.

Cuando se me pregunta por qué no escribo una literatura "realista", aun una

literatura con ciertos rasgos de "realismo maravilloso", suelo responder que para mí la realidad **no puede describirse, no puede representarse**. Acudo a explicar sus diversos niveles de complejidad, la densidad de las cosas y las relaciones, las múltiples contradicciones de las identidades, y la autonomía de cada uno de esos universos, cerrados en sí mismos, cerrados sobre sí mismos.

Insisto sobre lo **indescribable**, porque ello marca verdaderamente la grieta que existe entre el mundo de la vida y el mundo del lenguaje. En tanto el mundo de la vida se me aparece espeso y desplegado en la dimensión de un **silencio denso constitutivo** –la dimensión de las vivencias en el momento de ser vividas– el mundo del lenguaje sólo es una **intención**. **Intención** de describir, de referir la médula de los acontecimientos, rodeándolos sin tocarlos, interpretándolos constantemente sin agotarlos, y por fin, armando todo un universo verbal siempre **insuficiente**, cuajado de mitologías volcados sobre sí mismas, depositarias las unas de las otras.

Así pues, mientras discurro en el mundo de la vida, en sus vicisitudes, en las dobles y triples emociones –a veces contradictorias– de judía, de minoría, de uruguaya y latinoamericana –el mundo del

lenguaje se me diversifica en su intento de ser fiel –y por lo tanto siempre **infiel**– a las vivencias.

Así pues, mi escritura lo ha hecho todo: fragmentarse, multiplicar sus sentidos, diversificar sus objetivos, sus metáforas, volverse más barroca, reiterarse, añejarse, espesarse, confundirse, un lenguaje mío que ha buscado en sí mismo lo que nunca podrá encontrar: **la representación esencial**. Así, dobladas sobre sí mismas, mis palabras han sufrido al igual que yo **la tensión** tremenda de dar cuerpo solamente a fantasmas, de dar existencia solamente a interpretaciones, sin alcanzar nunca una verdad, aun una pequeña verdad.

Turbulencia, conmoción, caos, han sido algunas de las acusaciones que he recibido para una prosa poética en la que el lenguaje se revuelve dentro de sí mismo para dar a luz la ambigüedad. Alta temperatura, fiebre, confusión permanente. Y me he preguntado si mi condición judía ha tenido algo que ver en todo esto, porque judaísmo y representación se han llevado mal desde todos los tiempos, ello, porque las imágenes de lo Uno son múltiples y el dilema es que si no están absolutamente todas representadas, entonces, cualquiera de ellas por sí misma se vuelve falsa y dogmática. Entonces, sería me-

jor no representar ninguna. Así, una tradición judía en que lo icónico por sí mismo sólo es distorsión, puede haberme estado rondando sin que yo lo supiera, y tal vez sea ésta una idea para que se entretengan los estudiosos.

No me ha quedado pues otra alternativa que lo simbólico, una escritura que pretende representar alguna cosa sin representar nada realmente, una escritura que reinterpreta porque no puede describir, que elude porque no puede aludir. Así, llena de palabras y vacía de imágenes, escribo porque no puedo ver la cara de Dios. Y porque el judaísmo es un túnel en el que se entra pero del que uno se sale, como de la madre propia, del origen.

Escribo porque la palabra es insuficiente y porque busco y rebusco en la ruptura de los lugares comunes, y escribo para tornar borrosas las fronteras, y para oscurecer las claridades. Allí donde ya se ha gastado el discurso político, el discurso ideológico, el decir cotidiano, allí mismo donde existen zonas muertas, clausuradas del lenguaje, es donde remuevo los escombros de las representaciones y transformo las palabras. Escribo porque el lenguaje me permite básicamente el desorden. Escribo porque por el lenguaje, soy capaz de desautorizar la imagen, e impugnar los estereotipos.

Los estudiosos uruguayos siguen buscándome detrás de mis apellidos, investigando siempre mi pasado y a veces hasta mis ideas políticas. Me adjudican premios nacionales con cierta desconfianza, escriben sobre mis libros pero no sobre el judaísmo de mis libros, porque de él sospechan raras calamidades, y se preguntan secretamente a dónde irá a parar este pequeño país, si tienen que reseñar una novela llamada **Mesías en Montevideo**, título que algunos ya rápidamente confundieron con Moisés en Montevideo. Me preguntan en voz baja y sin estridencias si soy judía practicante, pero dicen “¿tú practicás la religión hebrea?”. Expresan su deseo de que no sea judía, o por lo menos, no muy judía, para que todos seamos más iguales –ellos más iguales a mí y yo más igual a ellos– y entonces puedan hablar de literatura uruguaya con la conciencia tranquila, y todo entre dulcemente en sus cauces y en sus causas.

Yo sonrío porque los amo, los comprendo por encima de sí mismos –a los judíos y a los no-judíos– y una vez más regreso a casa, a esa zona de voluntaria libertad y marginación donde una vez más convoco la tensión entre la escritura y la vida.



De la memoria y la identidad

CUENTA una muy querida amiga mía, Irena Mayshak, que cuando le entregaron la documentación falsa que le permitía escapar del ghetto de Varsovia, entró a despedirse de su abuelo, un jasid ciego que, por sus años, se negó, junto con la abuela, a huir, y a quienes encontró cosiendo su sudario. Con ellos estaba uno de los hijos mayores, tío de esta amiga. El abuelo le dijo:

—Cuando salgas de aquí, no te olvides que eres judía.

El tío, airado, replicó:

—Cuando salgas de aquí, olvídate de que eres judía.

Y entre estas dos opciones, dice Irena, ha transcurrido toda su vida.

Creo que ése es el caso concreto de mi escritura. Aunque podría decirlo de la generalidad de la escritura de la Diáspora,

pero ya que en estas circunstancias, a petición de Leonardo Senkman quien ha tenido una fe incólume en mi novela **La morada en el tiempo**, he de referirme, justamente, a este libro, trataré de hablar del proceso de recuperación de mis raíces judaicas a que dicha novela me obligó.

Debo decir que hablar retrospectivamente es una trampa, porque en el momento en que la obra se dio a luz, yo sólo obedecía a la labor de parto. No quiero ni parecer pedante ni dejarlo como una metáfora, pues la realidad fue ésa. No creo en el azar, y a veinte años de distancia, me encuentro, nuevamente, en España, redactando esta "memoria" sobre **La morada en el tiempo**.

Resulta que yo llegué a Madrid en la primavera del año 1970 empujada por una oscura y apremiante necesidad de continuidad y permanencia (que no otra cosa es

la identidad) habiendo renegado literalmente durante diez años de mi judaísmo de una forma harto virulenta y ostentosa. Así que vine a recobrar mis raíces sefarditas de las que no conocía nada (aquí, entre paréntesis, creo que si cada uno de nosotros no rescata sus dos fuentes es apenas un judío a medias). Esta recuperación de ninguna manera era consciente: obedecía a un impulso, como en los sueños o las corazonadas. El choque fue tan violento que, evidentemente, enmudecí: de lo único que estaba segura era del título del libro: **La escala de Jacob**.

¿Qué quería hacer? No lo sé aun ahora, ni lo sabía entonces. Nueve años después, en el otoño, otras circunstancias me trajeron de nueva cuenta a Madrid, y, estando en Toledo, como en las mejores páginas bíblicas, una Voz me conminó a quedarme, de modo que durante seis meses sin parar, y obediente a esa Voz, y a las otras voces que se fueron revelando, empecé a llenar a lápiz y en aparente desorden, las hojas de unos cuadernos de cuadrícula como los que se usan aquí en las escuelas. Para Pésaj, eso estaba hecho en un noventa por ciento. Mandé los cuadernos a México sin releer y decidí irme en barco a Israel para recobrar, ahora sí con toda conciencia, hilos que sentía sueltos: mi educación en una escuela ashkenazí ortodoxa, mi adoles-

Poeta, narradora, ensayista y traductora mexicana. Publicó, entre otros, *Tras la ventana un árbol*, *Otros son los sueños*, *Luz de dos*, *La morada en el tiempo*, *Sed de mar* y *La fugacidad como método de escritura*. Tradujo varias obras de E. M. Cioran. Obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia en 1973, y el Premio Magda Donato en 1979. Colabora en la revista *Vuelta*.

Esther Seligson

cencia en la organización sionista, mi primera y entonces única visita a Israel en el verano de 1961, y algo mucho más antiguo, otro tipo de memoria, ésa que cada judío lleva en las sangres y que más tarde dio título definitivo al libro: la memoria de la sucá en el desierto, y de ese regusto de eternidad que es el tiempo sin tiempo del shabat.

Esta sería la anécdota escueta. Con la jutzpá que nos caracteriza, digo que **La morada en el tiempo** fue, es, el intento de reescribir la Torá desde la perspectiva de un Jeremías contemporáneo, pues, modestamente, fue su voz la que guiaba mis escrituras, mis diferentes planos de "memoria", y que hoy, en el momento en que estoy redactando, siento que se resumen en las dos advertencias que le hicieron a mi amiga polaca.

En efecto, si tomamos en cuenta que en hebreo —y no voy a entrar en rollos lingüísticos—, recordar es cuidar, es decir laborar la propia conciencia en un estado de perpetua vigilia para que las semillas sembradas por la Voz en el desierto no mueran por falta de las aguas que sobre ellas vierte la sed de Conocimiento de las generaciones, entonces resulta que nuestros primeros niveles de conciencia han de funcionar simultáneamente —de ser posible, y como en el rezo— en el pasado, en el presente y en el futuro.

Para quienes están familiarizados con el concepto talmúdico de que no hay comienzo ni final en la Torá, esto es una obviedad, como también lo es si conocemos la respuesta que recibe Moisés frente a la zarza ardiente cuando pregunta cuál es el Nombre de Quien lo envía. No hay un sólo texto de la tradición donde no se nos recuerde que debemos hacer funcionar todos nuestros niveles de memoria, además de ser capaces de convertir la magdalena de Proust en un recurso rememorativo que funcione a voluntad en un ciento por ciento. Nada de "en busca del tiempo perdido", o "recobrado": todo el tiempo, para el judío, es memoria presente. Es el malabarismo del equilibrista capaz de saltar fuera de sí mismo y vivir el futuro en el presente; de tener la capacidad, en ese proceso de vivir el futuro, de saber que ya lo ha vivido con anterioridad; y, además, de saber repetir mentalmente, con todo su corazón y con toda su voluntad, ese salto, de manera que esté reviviendo en el presente la mirada hacia el futuro que ya ha ocurrido. Una combinación, en suma, de Einstein, con Bergson, con Freud, con Jung, y, por supuesto, con Maimónides, que no otra cosa, en el fondo, es el Talmud.

Me atrevería a afirmar que no somos tanto "el pueblo del Libro", como el pueblo de la Memoria que arde sin consumirse.

Pero esta primera parte —"No te olvides que eres judía"—, podría parecer demasiado claustrofóbica, si no hubiera la segunda frase —"Olvídate de que eres judía"—, y que yo relaciono con la constante preocupación de la Torá por los dioses ajenos. No hace mucho descubrí que la Torá no es tan ingenua como para negar la existencia de la idolatría según piensan los que con torpeza subrayan el monoteísmo como su único mensaje unilateral. Por el contrario. Su insistencia en que tomemos en cuenta que hay pueblos que creen en otros dioses nos obliga a situarnos en los segundos niveles de memoria, y que yo llamo "históricos" porque tienen que ver con el lugar de nacimiento del judío, incluido el israelí. Y no se trata de una "doble" identidad, sino de una identidad total: la del Ser Humano.

Hoy que gracias al estudio de mis fuentes judías sé por qué no quiero olvidarme de que soy judía, entiendo también qué significa el haber nacido en México y asumir el presente histórico mexicano, bastante complejo como se sabe. Antes que otra cosa fue la conciencia de que, en tanto escritor, mi única patria es mi lengua, o sea el castellano. Pero da la casualidad de que ese castellano, de todos los castellanos que se hablan tanto en Latinoamérica como en España, está enriquecido por, aproximadamente, un 30

por ciento de nahuatlismos. Ahora bien, una lengua, ya se sabe, es una cosmovisión, así que, nuevamente, pero esta vez con cabal intención, decidí sumergirme en las raíces de mi posible identidad mexicana. La experiencia de aprender el náhuatl y de entrar en contacto con lo prehispánico ha sido tan definitiva para mí como lo fue en su momento el contacto con el ladino y lo sefaradí. Lo que hoy querría escribir –y cuya revelación tuvo lugar en Jerusalem en 1981, durante mi

segunda estancia ahí, después del viaje al que aludí antes– tomando a **La morada en el tiempo** como un bosquejo, es todavía más ambicioso: busca remontarse hasta el origen del Origen, hasta *Las Madres*, es decir hasta esas diosas primigenias anteriores a la Voz de la zarza.

Quisiera llegar a tocar con mi escritura, y a través de ella, lo que Clarice Lispector tocó en **La pasión según G.H.**, engrosado con la clara conciencia de mi identidad total como ser humano a quien nada de lo hu-

mano –o sea de lo divino– le es ajeno.

Hoy pienso que mi memoria abreva en una doble fuente: temporal, en el judaísmo; espacial, en la cultura mexicana. Y pienso que un espacio cultural es la antítesis del exilio, pues en ese universo, en esa identidad, echa el hombre sus raíces. Y, para terminar: sí creo en la misión colectiva del judaísmo, pero más aún en la misión absolutamente personal de todo ser humano, sean cuales sean sus creencias.

Madrid, 1 de agosto de 1990



Eva Klein

Sombra

*Cubro
mi sombra
con la frazada
uniforme,
lineal
e irreverente
de realidad escueta
que hoy me pertenece.*

*Cubro
mi sombra
menos exuberante*

*que la de ayer
con duda – certeza
con vida.*

*Cubro
mi sombra
con extrañas figuras
perdidas
en algún punto
de mi geografía.*

*Cubro
mi sombra
con el paraguas
de las horas
en círculo
que vuelven
en grises bocanadas.*

*Cubro
mi sombra
sin la piedad
de remiendos, luces,
artificios.*

*Cubro
mi sombra
(frente a Dios)
con la hora buena.
La hora lavada
del tiempo incierto
(cualquier hora
del calendario).*

*Cubro
mi sombra
desprendida del mapa
con las huidizas amarras
de un mañana incierto.*

Chile, 1943; reside en Israel desde 1976. Es traductora y profesora de español; ha dirigido grupos de teatro.

Esther Seligson

Ana Vásquez-Bronfman

Sobre el "ser" judío

EL TEMA de este encuentro plantea un conjunto de interrogantes sobre el "ser judío" que van más allá de la experiencia personal. Ciertamente la experiencia de cada persona es original y única, las elecciones que cada uno efectúa —en el sentido sartreano de asumir una responsabilidad individual y autónoma—, y las definiciones que se propone, aparecen ante sí como una necesidad que sólo la persona, en tanto protagonista y depositaria de su trayectoria específica, puede plantearse. Pero ese ser y su búsqueda se sitúan en un tiempo y en un contexto histórico que genera problemas específicos y modela la manera como percibimos las preguntas y el ámbito de las respuestas que somos capaces de inventar.

De esta manera pienso que el "ser judío", tal como yo me lo planteo, forma parte de la coherencia y continuidad de mi "ser" a través de lo que ha sido mi propio camino, pero la forma como se plasma y se expresa corresponde a las interpretaciones y al lenguaje de mi época y del grupo social al que pertenezco. El sentimiento de ser uno mismo se articula a lo largo del tiempo de la propia vida, en torno a la memoria individual. Creo, sin embargo, que el "yo" se apoya también en un conjunto de memorias colectivas, de tal modo que "yo" para "ser yo", soy depositaria de memorias más antiguas que el lapso de mi vida, más lejanas de la niña que fui. Sin subestimar ese fondo común de memorias que podríamos llamar "culturas" y que de alguna manera todos compartimos, creo que la especificidad de mis identidades, de mis búsquedas y definiciones se estructura nutriéndose de ese algo, aparen-

temente inexistente u olvidado, que es la memoria de los míos. Explícitamente o a través de rechazos incomprensibles y de adhesiones vitales cuyas motivaciones muchas veces no entiendo, me reconozco como la heredera de una identidad que tampoco es precisa ni clara sino conflictiva y en constante reconstrucción.

Es en este sentido que el "ser judío" tiene un significado, y no en referencia a ninguna definición emblemática de ese "ser", ni a ninguna adhesión religiosa ni ideológica. Yo vivo el "ser judío" como una pregunta, como una búsqueda que se replantea constantemente en función de las nuevas realidades que surgen y que a su vez provocan nuevos cuestionamientos. Si miro hacia atrás en mi memoria, me encuentro ante una secuencia de compromisos y de rupturas ideológicas, que la mayor parte de las veces he vivido en un estado de desgarramiento y a la vez de asombro, como si nunca estuviera suficientemente preparada para asumir lo que me está sucediendo. Y lo que interpreto en un comienzo como mis incoherencias, aparece más tarde como la revelación de compromisos latentes y profundos que han estado siempre en mí, tejiendo un esqueleto de mí misma que surge como una imagen desconocida y a la vez verdadera. Al mismo tiempo siento que mi camino no es solamente el mío. Creo que mis padres, a su manera y bajo otras formas de expresión, ya habían iniciado muchas de estas rupturas, y tal vez, al tratar de asumir mi judaicidad en este marco, sólo estoy continuando y avanzando en un proceso en el que ellos, y muchos otros, ya se habían adentrado.

La vida de mi familia estuvo marcada por las persecuciones

Chilena, exilada en París desde 1973. Novelas: *Abel Rodríguez y sus hermanos* (1981), *Los búfalos, los jefes y la huesera* (1977), *Sebasto's Angels* (1985), Mi amiga Chantal (1991). En 1988 publicó, con Ana María Araujo, *La maldición d'Ulysse: Exils Latino-Américains*. Es psicóloga e investigadora del CNRS.

Sobre el "ser" judío

y por el encierro material y psicológico que significaba el ghetto. La más remota imagen que mi padre evocaba de su propia memoria era un pogrom. A él, que se sentía tan ruso, le costaba sobreponerse a esa impresión de profundo desconcierto que tuvo cuando se dio cuenta de que eran los mismos rusos los que perseguían en él al judío. Frente al odio irracional y violento de los pogroms, eligieron irse. Hoy en día, esa emigración se hubiera llamado exilio.

Si mis abuelos y mis padres tuvieron el valor de abandonar para siempre a los que amaban y el lugar donde habían nacido, si perdieron lo poco que tenían (que para ellos representaba mucho), fue porque imaginaban que atravesando el océano empezarían una nueva vida. América significaba salir del ghetto, no en un sentido metafórico sino como un proceso real y definitivo. Para mis padres el encierro, con todos sus matices, representaba el pasado: en su propio proyecto se trataba de abrir puertas y de entrar en este siglo con plenos derechos. Aún adolescentes, ya deseaban hacer suyas las grandes ideas que orientaban al mundo occidental de su época. Así, crecieron y se hicieron adultos impulsados por la creencia de que el progreso era irreversible. Puesto que, gracias al conocimiento (especialmente científico), la sociedad evolucionaba, la "religión" –todas las religiones– aparecía ante sus ojos como la materialización del primitivismo y la negación del progreso. Mis padres, sus amigos, la gente que conocían, el entorno social, todos ellos se desprendieron de la religión como quien se libera de un freno para avanzar y aprender. En esa perspectiva, conservar los viejos rituales traídos de Rusia equivalía a perpetuar lo más retrógrado de su propia herencia, los remanentes de un mundo acabado.

De esa manera, como el "ser judío" es algo impreciso, donde el Shabat se mezcla con el *motze* y las costumbres del ghetto con la religión, yo crecí sin oír hablar en idish, sin conocer a un rabino, sin saber que el mundo se dividía en *id* y en *goi*, con-

vencida de que las berenjenas y el *borsh* eran tan chilenos como el vino y el choclo. Yo crecí imbuida de la fe que tenían mis padres en el progreso y en una ciencia por encima de toda sospecha.

Sin embargo, los hermosos ideales no sirven de protección contra la estupidez y desde pequeña, como le sucede a cualquier judío, me discriminaron por serlo. Con una ingenuidad positivista, recibía el rechazo avergozándome casi por aquellos que me insultaban, compadeciéndolos por su ignorancia. No tenía un marco teórico ni ideológico para defenderme, no conocía la historia de los judíos, ni los mitos y prejuicios en lo que a los judíos se refiere. El insulto duele y no se olvida. ¿Cómo hacer, me decía, para que nunca más suceda? Buscaba caminos, y encontré aquellos que estaba preparada para ver y asumir.

Al terminar el liceo, ya me había integrado en ese gran movimiento que definíamos como revolucionario. En aquella época, en el extremo sur de América, el comunismo encarnaba para nosotros la imagen de un mundo nuevo donde aboliríamos todas las discriminaciones, y podrían superarse las diferencias de clase, de sexo y de raza. Todos seríamos iguales en esa sociedad comunista que empezábamos a construir, los pobres, los judíos y los negros. Desde la distancia del ahora, entiendo que me identificaba no con el pasado sino con un proyecto, porque vivía plenamente en los mitos de mi tiempo, y porque de alguna manera mi compromiso de lucha representaba mi propia elaboración del marco ideológico en que había sido educada. El comunismo aparecía entonces como la primera interpretación científica de las leyes de la historia, como una búsqueda racional y una lucha generosa. Los hechos se encargarían de demoler nuestras ilusiones.

En esos años de los compromisos absolutos, el texto de Sartre sobre la cuestión judía nos hizo, a muchos, el efecto de una bomba. Sartre discutía la permanencia de la identidad judía cuan-

do se estaba construyendo el estado judío, planteando que si bien ese poderoso sentimiento de identidad había sido un elemento constitutivo de la Diáspora, cada judío se encontraba ahora ante una elección esencial y definitiva. Para Sartre, desde el momento en que existía un estado, el contenido de la identidad se transformaba, y cada judío debía elegir entre el nuevo estado de Israel o la asimilación. Disyuntiva imposible que él planteaba desde su racionalidad exterior, pero que recibíamos con el impacto de lo que Sartre significaba para nosotros, precipitándonos en una desgarradora coherencia-incoherente. Nadie podía olvidar ni ignorar de dónde venía, menos aún cuando empezaban a publicarse testimonios sobre los campos de exterminio, cristalizando en cada uno de nosotros una toma de conciencia progresiva e ineludible.

No tengo aquí el espacio para analizar el modo como se iba requebrajando nuestra concepción del mundo, ni cómo se desarrollaba aquel misterioso proceso psicológico que nos permitía ahogar las dudas en un porfido voluntarismo cotidiano. Aunque se venía gestando lentamente, el quiebre en mi identidad militante sólo se plasmó en el exilio, desencadenando entonces las preguntas que no quise plantearme antes.

He vivido un destierro colectivo, donde estábamos conscientes del alcance político de nuestro éxodo, donde cada individuo podía explicar la relación entre su exilio y la política represiva del tirano. Un destierro donde reivindicábamos nuestras raíces chilenas, imaginando el tiempo que viviríamos en el extranjero como un espacio sin medida ni valor, una especie de paréntesis impreciso cuyo cierre estaría marcado por el retorno.

Pero en sobre-impresión sobre este exilio compartido, yo percibía en mí voces antiguas, viejos relatos de otros destierros que ni siquiera tuvieron conciencia de serlo. Lentamente recuperaba imágenes desconocidas, mi tío huyendo a Estambul para embarcarse hacia cualquier lugar del mundo donde quisieran

aceptarlo, la vieja Bobe de Kishiniev rogándole a ese muchachito que era mi padre cuando partió, que se llevara el samovar de la familia. Volví a escuchar esas recomendaciones con que me martillaron los oídos cuando era chica, esa insistencia para que aprendiera idiomas, esos tíos que daban consejos sin que se los pidiera, repitiendo que más vale un diploma que una casa o un negocio, porque el diploma viaja con uno, y entendí esos mensajes que antes encontraba ridículos como la mejor herencia de los que han tenido que vivir huyendo.

Al mismo tiempo que iba descubriendo esta sabiduría de Diáspora, los mitos que estructuraban nuestro proyecto de sociedad terminaron por derrumbarse, arrastrando consigo los modelos, las utopías e incluso el sentido del retorno. El éxodo se transformó entonces en historias individuales en las que cada uno lucha por no ahogarse, aferrándose tal vez a otros mitos y a otras certezas. En esta encrucijada mi trayectoria personal se deslinda buscando caminos propios.

Escribir ha sido uno de ellos, un camino para entender y explicar(se), un camino que explora en una dimensión del conocimiento que la ciencia no ha podido brindarme. Escribir se ha transformado en una vertiente de mi propio ser, y así, la expresión se amalgama con la búsqueda y los caminos aparecen indisolublemente asociados a la escritura. De esa manera, muchas de estas reflexiones surgen a propósito de otros temas, las ausencias ocultan sentimientos y preguntas latentes donde lo implícito revela más que lo dicho.

Este texto se apoya en el planteamiento de que la identidad es una búsqueda, en ese sentido los descubrimientos no son nunca adquisiciones definitivas sino puertas que se abren ante nuevos interrogantes, y, por qué no decirlo, nuevas incoherencias. En el ámbito social donde yo vivo, el definirse como judío implica también una definición frente al Estado de Israel. En Europa, ninguna persona que ha nacido y vive en un país se

siente obligada a delimitarse frente a la política de su gobierno. Ser judío y vivir en cualquier lugar del mundo que no sea Israel, exige una definición constante de las propias opciones frente a las de ese estado. Existe alguna extraña alquimia que nos hace sentirnos responsables por cada niño palestino que muere en la intifada y avergonzarnos por las bravatas de un rabino racista. No sé si son muchos los judíos de la Diáspora que se enredan en esta absurda gimnasia retórica, y sospecho cada vez más que hay una trampa en la naturaleza de este compromiso moral que nos despoja de capacidad crítica. De todas maneras, desde aquí y en el ahora, para mí ser judía implica también esta mala conciencia que a veces se transforma en sufrimiento cuando son los nuestros los que protagonizan los crímenes racistas.

Por último, ser judío es saber que uno siempre será una víctima potencial del racismo. No hace aún seis meses, cuando en Europa terminaba el invierno, empezaron a llegar rumores de lo que sucedía en el "Este liberado del marxismo". Desde Polonia, algunas voces anónimas acusaron a la fracción más crítica de Solidarnosc de haberse convertido en una guarida de judíos. Walesa se sintió obligado a afirmar que se trataba de una calumnia, y muchos de nosotros nos preguntamos qué es lo que estaba diciendo. Más tarde, el rumor vino de Rumania: Petre Román, decían, nunca podrá hacer una carrera política. Román es un nombre de guerra, oculta un apellido judío... Después, se mencionó alguna violencia en Alemania del Este, y en Hungría, sólo por ser judías algunas personas recibían cartas de amenaza. Todo esto era horrible pero aún lejano, sucedía en esos territorios de persecuciones que la memoria de la Diáspora nunca dejó de evocar con desconfianza.

Tregua de ingenuidades, a comienzos de mayo la televisión mostró las imágenes de un cementerio judío profanado. Era aquí, en el sur de Francia, en Carpentras. Entonces súbitamente nos dimos cuenta que la violencia solapada y anónima estaba tam-

bién entre nosotros. Uno se siente poseído por un miedo insensato, quisiera huir inmediatamente, adonde sea. Pero no era sólo yo, la extranjera, que se creía atrapada en una pesadilla, mis amigos franceses sentían ese mismo reflejo de perseguidos.

No estábamos solos, sin embargo, y en algunas horas la protesta surgió y creció en toda Francia como una marea. En París, una gigantesca manifestación, de la Plaza de la República a la Bastilla, llenó las calles con un silencio grave y decidido. Los miles y miles de personas que afluían sin banderolas partidarias marcaban la decisión de los franceses de impedir que se desarrolle el antisemitismo.

Y en ese preciso momento, en que la reacción espontánea nos sobrecogía y nos llenaba de orgullo, en distintos puntos de la gran Plaza, los grupos judíos más reaccionarios desplegaron las banderas de Israel y empezaron a distribuir sus símbolos, tratando de darle a esa manifestación multitudinaria un carácter exclusivo y militante que no tenía. Yo estaba con un grupo de amigos que no son judíos, que se habían movilizado porque sentían el antisemitismo de Carpentras como una afrenta a su propia integridad de personas. En la urgencia del momento y en la simultaneidad de los protagonistas, pude ver el desconcierto en sus rostros, ¿a quién estaban defendiendo y qué estaban justificando?

Y yo, que me sentía tan visceralmente comprometida, también me detuve a preguntarme qué luchas estaba asumiendo y qué políticas apoyaba en la espontaneidad de mi protesta.

¿Dónde se amarran mis identificaciones cuando, para mí, ser judía no se apoya ni en una religión en la que no creo, ni en la preservación de tradiciones que no comparto? ¿Cómo se explica este sentimiento, que de todas maneras existe y me define? ...Quizás estos interrogantes y esta búsqueda ansiosa e insistente constituyen la trama en que se teje mi manera personal de "ser judía".

París, 1990

